

hada, el ambicioso insaciable en su sed de dominación acosado de un afán de preeminencia sobre sus semejantes; el orador, el escritor, el poeta, acosados de un anhelo calenturiento de eclipsar á sus rivales, y aun de aventajarse á sí mismos, sedientos de una fama que debe redundar en pan para sus hijos, y dispuestos á abrirse las venas en los cuatro miembros y á apurar su sangre hasta la última gota, si mediante el holocausto de su vida pueden encontrar una mina inédita de talento, una veta pingüe de núnmen poético que pueda procurarles un poco de gloria y abastecerlos con un poco de pan.

Tales son las condiciones universales de la vida física, y despues de haberlas estudiado en todos los estados y países, no temo afirmar que la existencia humana no vale lo que cuesta, ni el derecho de respirar el cúmulo de trabajos, penas, miseria y suplicios que forman su precio; y que si en el día postrero se pusiesen en ambos platos de una balanza de un lado la vida física, y del otro cuanto costó el pan destinado á fomentarla, no dudo que pareciese superior el precio á lo que valieron los años fenecidos y que en último resultado la pena fuese deudora á la vida!...

Et propter vitam vivendi perdere causam... dice el poeta, esto es : « Perder para ganar su vida todo cuanto puede hacer desear el vivir. » Tal es la suerte del hombre condenado al sudor. Ahora bien, ¿quién escapará esta ley, salvo algunos miserables cuya ociosidad y vicios les constituyen un tormento peor

que á nosotros nuestras penosas faenas de cuerpo ó espíritu?

En otros términos, comparad el peso del grano de trigo que contiene la vida con el de la gota de sudor que contiene la pena, y os convenceréis que la balanza se inclina de este último lado... ¡Horror!

XIV

Pero hay mas : las condiciones que la presencia inevitable y perpétua de la muerte imponen á la vida, bastarian para emponzoñar mil existencias concentradas en una sola; y las cláusulas obligatorias del don serian peor que la ausencia de todo beneficio.

Apenas hemos respirado algunas olas de aire, pábulo indispensable de la vida; apenas nos hemos habituado á la existencia, como el enfermo acaba á fuerza de volverse de un lado á otro por acostumbrarse á su lecho de dolor, cuando es necesario pensar en salir de este mundo, pues el principio de destrucción que anidamos como el fruto contiene el gusano, ó como el tiempo la muerte, ó como el principio incluye el fin, empieza á disputarnos pié á pié y dolorosamente esa pizca de materia organizada, ese reducido punto del espacio, ese rapidísimo relámpago del tiempo que confirió naturaleza á un alma bastante grande para contener eternidades, y cuya energía vital puede gastar mundos

enteros. Nuestros órganos se embotan uno á uno, como malas herramientas incapaces de secundar nuestro propio pensar; y, andando el tiempo, no podemos menos de cerciorarnos de que abrigamos en nosotros mismos, en nuestras meditaciones, en nuestras ambiciones, en nuestros planes, en nuestros goces, en nuestros amores, en nuestras mismas virtudes, si virtudes decoran nuestro sér, un presentimiento misterioso de lo efímero y vacuo de todo cuanto existe, incluso nosotros mismos; presentimiento llamado melancolía, fastidio de vivir, determinado por la sombra de la muerte que se extiende sobre nuestra vida, sombra que crece y se espesa cada día con la rapidez de un crepúsculo en los trópicos cuando invade la noche al día luminoso, sin dejarle apenas la degradación de las horas vespertinas. ¿De que sirve tener apego á las cosas de este mundo cuando de todo tendremos que arrancarnos á la vez?

XV

Y si á lo menos nos constasen de antemano con toda certidumbre el día y la hora de esta muerte, por mas corta que fuese la existencia, podríamos á lo menos tomar nuestras medidas, proporcionar nuestros pasos al espacio que nos queda que transcurrir y conformar nuestros pensamientos según el mayor ó menor ámbito de la perspectiva, renunciando á largas esperanzas á medida que menguase

el horizonte, ó ensanchando nuestras miras si divisiésemos luengos años en lontananza; de modo que podríamos amar, trabajar, construir con orden pautado, y ensanchar ó estreñir nuestra suerte á medida del tiempo. Triste condición sería la nuestra aun en semejante hipótesis, pero á lo menos no cabría ilusión ni dolo de parte de la naturaleza, ni procederíamos como suele decirse á tontas y locas, cabiéndonos la facultad de entrar en pacto con la suerte y tal vez acomodarnos con nuestra nada; á lo menos conoceríamos á nuestro enemigo, lo veríamos cara á cara y el último aliento cesaría de ser una acechanza por mas que fuese un abismo, pues al acercarnos cada día á la huesa no podríamos menos de acostumbrarnos poco á poco á este pensamiento, despojándolo de su carácter imprevisto y agotando por la imaginación la mitad de los terrores que acarrea la hora postrera. Pero no, no es así, y la irrupción inopinada de la muerte trastorna todos nuestros planes.

La incertidumbre de su hora combinada con lo seguro de su advenimiento, constituye para el hombre que piensa, no una muerte futura sino una muerte presente, una muerte eterna, una muerte viva, si es permitido emplear esa cópula monstruosa de palabras. Jóvenes y ébrios de vida, ó bien cáducos y en el ocaso de nuestra existencia, nada puede eximirnos de esta ley, nada puede preservarnos del golpe de la fatal guadaña, nada nos asegura que la parca no cortará en nuestros labios la

inspiracion ó expiracion comenzada. La muerte nos veda poder disponer del menor intervalo de tiempo, y nos envia este formidable reto: ¿á que no dices que es tuyo el segundo venidero? Todo le pertenece, desde el primero hasta el último suspiro que exhala nuestro pecho, y antes que para nosotros nazca ya está muerto el porvenir: tal es la perfeccion del suplicio. ¡Humillaos, tiranos de la tierra, pues nunca hubiera acertado á encontrar tan espantoso tormento vuestra desalmada saña!

XVI

Así la muerte nos llega de un modo inopinado é imprevisto, ajando nuestros placeres, rompiendo nuestras esperanzas y atropellando nuestros amores. La tumba sola puede volvernos el corazon que, como carga opresiva en nuestro propio pecho, depositamos en el seno de una esposa joven y adorada, á quien la ley implacable de natura arranca de nuestros brazos, húmeda aun de nuestros besos; y el sepulturero, sin saberlo, hunde en la huesa dos corazones en un solo ataúd. Tal sucede igualmente con nuestros padres, con nuestros hijos, con nuestros amigos, y aun con nuestros contemporáneos, unidos á nosotros por el parentesco del tiempo, y á los cuales nos uneñ la contigüidad de la cuna y la vecindad del sepulcro; seres amados que juzgábamos

destinados á sobrevivirnos, y en cuyas filas densas la muerte abre continuas brechas en torno de nosotros, dejándonos solos y aislados en medio de una generacion fenecida, ó como rezagados de la vida fuera de su centro y desorientados entre nuevas generaciones.

XVII

Pero el carácter imprevisto de la muerte es nada en comparacion de los arcanos que abriga el sepulcro. ¿Dónde nos dirigimos, admitiendo que nos dirijamos á parte alguna al través de esa senda tenebrosa?

Cuando suena en nuestro oido la hora tremenda en que debe vaciarse nuestro corazon, cuando el imprevisto advenimiento de la muerte nos separa de cuanto nos rodea, entónces nos volvemos con palpitante inquietud al eterno contemporáneo de nuestras almas, al mismo Dios, y buscamos en la religion el secreto de esa terrible incógnita que debe despojar el postrer suspiro, el peor de todos los suplicios para el sér que piensa, pues todos en sí los contiene. ¿Acaso no es lo desconocido, como dice Pascal, el infinito del terror?

Así no es de extrañar que, por la voz de las religiones terrestres, pidamos al Dios del cielo las revelaciones de ese misterio terrible que cobija el sepulcro.

Pero aquí comienza otro suplicio, mas terrible, mas refinado que la muerte y cuantos imponentes arcanos contiene la huesa muda, suplicio del alma que todos los compendia suspendidos en una sola palabra: la DUDA; la duda, esa incógnita suprema y final en el órgano mismo destinado á conocer; la duda, esa enfermedad de la inteligencia; la duda, esa tétrica noche que se difunde no en el aire, sino en el ojo; la duda, esa irremediable ceguedad del espíritu (¡oh esmero sin igual en el tormento!). La luz misma adolece, y el hombre al mirarla solo divisa sombras; las manchas inundan no solo al sol, sino á la esencia suprema... Caigan los ojos de sus órbitas, pues de nada sirven.

XVIII

En efecto, el rastrero gusano humanal á quien la vida sin cesar engaña, cuya existencia mantiene en perpétua congoja la idea de la muerte, implora á lo menos de las religiones un Dios, un solo Dios, un Dios evidente, justo, bueno, salvador, paternal, para poder depositar en el seno de su misericordia infinita sus pensamientos y sus dolores; y estas mismas religiones, en lugar de uno, le fabrican mil dioses, multiplicando las náuseas y agonías de la incertidumbre, aun hasta en la fé, remedio supremo de la duda.

Si recorre el espacio, si remonta los tiempos, no tarda en ver casi tantas religiones como épocas memorables en el tiempo ó grandes divisiones en el globo: la fé de Vischnú y de Brama en el Oriente, la de Fo y Confucio en la China, la de Zoroastro en la Persia, la de Pitágoras en el Asia, la de Osiris en Egipto; la de Júpiter en la Grecia, fé de niños recién nacidos en mantillas; la de Teutates en la Galia, la de los dioses escandinavos en la Germania, la de Jehová en la Judea, la de Cristo en el Asia y Europa romana, la de Alá en Arabia, India moderna, Asia menor y Africa entera; y entre estas religiones innumerables subdivisiones, cismas, antipatías y ramos divergentes, disputándose cada uno los símbolos é interpretaciones, arrancándose recíprocamente los sectarios; en una palabra, la polémica encarnizada en los labios, ó la cuchilla humeante de sangre en la mano. ¡Oh Babel divina casi tan confusa como la humana! Tan profundo es el abismo, tan colmada la humana flaqueza, que cuando el hombre agoviado del fastidio del vivir se precipita en la fé de una existencia ulterior, sola explicacion del enigma que presenta el actual, solo halla mas allá de la incógnita de la tumba, una incógnita aun mas terrible que la primera, temblando de estrechar tan solo un sueño fugitivo en sus brazos desesperados, al querer asir la eterna realidad de que emana y á la cual regresa.

XIX

En vano protestareis contra este exceso improbable de tormento mental que cabe al sér que piensa, pues el suplicio que negar pretenderíais, á vuestra vista se ofrece, tal vez despedaza vuestra propia alma, es evidente como la historia, palpable como la geografía del planeta que pisamos. Nada es mas fácil en efecto que establecer una cronología de seres supremos, como se traza una cronología de las dinastías que han reinado en la tierra y un mapa geográfico de las humanas creencias correspondientes á las diversas comarcas del globo, pues segun parece hay climas tan diferentes en la inteligencia de las cosas divinas como en la temperatura atmosférica. En nuestros dias se puede ir mas allá, gracias al progreso científico que nos permite recorrer en pocos instantes los diversos climas de nuestra tierra, y cerciorarnos por nosotros mismos de las sensaciones diferentes y peculiares á las razas y pueblos que viven ó mueren bajo las diferentes latitudes del pensamiento.

« Verdad en esta parte de los Pirineos, error mas allá » — exclamaba el religioso Pascal al sondear el terrible misterio de las opiniones y dudas de los mortales. ¿Qué hubiera dicho en el dia, cuando una civilización mas acelerada, y, acelerada en tér-

minos de suprimir el tiempo y las distancias, permite al pensamiento del hombre asirlo todo á la vez?

XX

Supongamos en efecto que un filósofo de Europa pudiese confiar su alma entera durante un momento al alambre eléctrico que recorre el globo en siete segundos; supongamos que este filósofo encargase á esta misma alma que le trajese al volver los fenómenos intelectuales, filosóficos y religiosos que la hubieran impresionado durante ese breve tránsito en torno de nuestro planeta. En el espacio de algunos segundos, y en alas del fluido eléctrico, hubiera atravesado el pensamiento veinte ó treinta zonas religiosas principales del globo, sin contar las subdivisiones infinitas de culto, esto es, la pluralidad de dioses, parto de la delirante fantasía. ¡Pobre pensamiento humano! ¡en qué estado de estremecimiento, de temor y de horror, volveria á refugiarse en el seno de que habria partido, despues de este viage al través de la duda, relativamente á la primera de las creencias necesarias al hombre, la certidumbre en su Dios!

Este pensamiento que hace vacilar las estrellas en el cielo, sumergia á Job en el ateísmo. Tal no lo dice en términos explicitos el patriarca, pero se colige de las quejas y recriminaciones que profiere con-

tra los desafueros y amargos agravios que atribuye á la conducta de Dios para con los hombres, si bien en la cáfila de denuestos que vomita contra el Todopoderoso, no llega á articular la injuria postrera y mas terrible : — *Tú no existes*. Y yo que tan á menudo he clamado como Job ó como Dante en los círculos infernales do se tuerce el gusano llamado hombre, confieso que jamás he llegado á tal extremidad.

Así la amargura del vivir, el exceso del dolor mortal trastornan las potencias intelectuales de la criatura humana personificada en Job y la impelen hasta la blasfemia.

Pero tranquilizaos que si sus labios y los nuestros se agitan sacrílegamente, es á impulso del instinto y no de la razon, y aun menos de la fé, cuando esta divina virtud ha llegado á iluminar el corazon humano.

En efecto, no tarda Job, como lo verificaríamos cada uno de nosotros, en remontar de este abismo hasta la altura de la fé, que es la reverberacion de Dios vivo en nuestra alma; de la impaciencia febril, hasta la resignacion que constituye el sacrificio, el sacrificio meritorio de la voluntad propia á la voluntad suprema; y de la sofocante congoja hasta la alegría en las lágrimas, que es la anticipacion de la inmortalidad en la tierra por la fé en Dios.

Todos estos fenómenos intelectuales, humanos y divinos, no tardarém en verlos en este drama sobrenatural del poema de Job, cuya tema y actores son : DIOS, EL HOMBRE Y EL DESTINO.

Ahora voy á exponeros el lugar de la escena, la decoracion del drama que tiene lugar en el desierto, parage adecuado en sumo grado á tan solemne poema.

XXI

EL DESIERTO.

Job es el poeta del desierto, y tal es probablemente la causa de su grandeza; palabra que entiendo en su acepcion material á la vez y metafisica. El alma del hombre es, en mi concepto, un principio incontestablemente inmaterial : y este aserto que no me es posible probar, lo ereo verdadero y lo siento fermentar en lo mas íntimo de mi sér : tal es por otra parte la mejor prueba que alegar puedo, pues el hombre no está seguro sino de lo que cree.

No obstante, á pesar de esta manifiesta inmaterialidad del alma, no es menos evidente que, excepto la conciencia, innata en nosotros (porque la materia no podia revelar al alma una moralidad que no posee, *nemo dat quod non habet*); no es menos evidente, repito, que el alma humana, mientras se halla asociada al cuerpo, recibe todas sus impresiones y nociones por los sentidos, los cuales vienen á ser como las lumbreras ó claraboyas del calabozo corporal del alma. Resulta asimismo, que este agente espiritual no es independiente del medio en